

EL MUNDO ILUSTRADO

PERIÓDICO SEMANAL



SUSCRICION PARA ESPAÑA.

MADRID. ... Un año, 120 rs.—Tres meses, 32 rs.—Un mes, 12 rs.
PROVINCIAS. ... 130 rs. ... 36 rs. ... 14 rs.

Un número suelto, 3 reales.

Se suscribe en Madrid, calle de Santa Teresa, 8,
 y en casa de los correspondientes del Establecimiento tipográfico de
 D. Francisco de P. Mellado.

1^{er} Año. N.º 50. — Agosto 26 de 1860.

Todas las comunicaciones relativas a los dibujos y a la
 redaccion se remitirán al Director del MONDE ILLUSTRÉ,
 calle de Bréda, 15, y las reclamaciones de los suscritores de
 España y América, a los Sres. A. Laplace y C^o, calle de
 St. André des Arts, 47.

SUSCRICION PARA AMÉRICA.

ATLANTICO. Un año, 50 fr. (10 ps.).—Seis meses, 27 fr. 50 c. (5 p. 50).
PACIFICO. ... 55 » (11 ps.). ... 30 fr. (6 p. »)

Se suscribe en París, calle St. André des Arts, 47.

PARA LA EUROPA, Á ESCEPCION DE LA ESPAÑA.

Un año, 32 fr.—Un número suelto 1 fr.

Se suscribe calle de Bréda, 15, y en el boulevard de los Italianos 15.

SUMARIO

TEXTO. — Crónica de París, por JULIO LECOMTE. — Toa-Kwang
 y Hien-Fou, emperadores de China, por A. LANNAU ROLLAND. —
 Mercado de Frutos en Argel, por LÉO DE BERNARD. — La Nativi-

dad de la Virgen de Murillo, por MÉRY. — Los círculos de París, por
 E. CHAPUS. — Los meetings de ladrones en Inglaterra, por AYRIC
 LANGLE. — Los Dervises, por MAC VERNOLL. — París descono-
 cido, los tapetes verdes, por E. GOURDON. — El cardenal Anton-
 nelli, por ARMAND BASCHET.

GRABADOS. — El Emperador de la China. — La Natividad de la
 Virgen. — Mercado de frutos en Argel. — Venecia á vista de pá-
 jaro. — Un Lodging-House en Londres. — Dervises de Túnez. —
 Los bancos. — El cardenal Antonelli.



道光皇帝

El emperador Toa-Kwang, conforme á una pintura china.

CRONICA DE PARIS.

~~~~~ Aun cuando la pasión de los autógrafos no ofreciese mas ventaja que la de ilustrar en casos especiales ciertos puntos dudosos de la historia, ó la de revelar el verdadero carácter privado del hombre, — tan distinto con frecuencia de lo que aparece por su carácter público, — aun cuando no ofreciese mas utilidad que la citada, repetimos, valdria la pena de dispensarle honra y favor. Bien se ha comprendido esto de veinte años á esta parte: así es, que la pasión de autógrafos es el prurito del día (á la vez que un gran objeto de especulación mercantil), y los aficionados, que en su mayor número tienen contacto, mas ó menos directo, con las bellas letras, han propagado una multitud de hechos que ofrecen novedad, de curiosas revelaciones, de interpretaciones inesperadas, de las cuales sacan abundante cosecha la historia, la política, las ciencias, las letras y las artes. Citémos entre mil, un caso importante. M. Thiers ha confesado últimamente, que sin el auxilio de numerosas comunicaciones autógrafas facilitadas de una manera oficiosa por todas partes, y con frecuencia por las personas mas dignas de consideración en toda Europa, á su *Historia del Consulado y del Imperio* (verdadero monumento!) hubieran faltado muchas páginas preciosas por la exactitud en los puntos de vista, por la novedad en las apreciaciones y por el fondo de acontecimientos imprevisos ó mal juzgados anteriormente por la opinión pública.

Una obra importante, basada del todo en revelaciones autógráficas, verá la luz dentro de algunos meses, firmada por un alto personaje en la corte y en el Estado. Esta obra, fruto de treinta años de investigaciones y de diez de trabajo, dará al público un nuevo brillo, con ciertos documentos interesantes y no esperados á la vida de María-Antonieta, — que de algunos años acá es la heroína á la moda íbamos á decir... si esta expresión tan fútil pudiera apropiarse á un nombre tan augusto; la heroína es en el caso presente una noble mártir!

El círculo estrechamente mundano y literario en que está inscrita nuestra misión de cronistas, escluye los documentos políticos, máxime cuando son tan importantes como el que acabamos de citar; por lo mismo harémos un esfuerzo por dilatar nuestra esfera de movimiento, sin tocar la vedada meta y procurando que nuestras narraciones ofrezcan novedad, variación é interés. En consecuencia, citaremos hoy un curioso autógrafo de Hoffmann, — no el fantástico alemán, sino el autor dramático y célebre crítico francés. Esta carta arroja mucha luz sobre el carácter privado de un hombre, que como todos los literatos de nota, ha sido víctima de la calumnia, y como este documento autógrafo está íntimamente ligado con cierta época de la historia literaria francesa, no le creemos fuera de su lugar en esta exposición de celebridades pintadas por sí mismas, que de cuando en cuando abrimos al público. Pero antes permitásenos una palabra sobre esta carta notable por la elocuencia y la indignación que en ella resaltan.

Francisco Benito Hoffmann, nació en Nancy el año de 1760, y murió en Passy, en 1828. Su abuelo, que se llamaba Ebrard, cambió este nombre por el de Hoffmann. El defecto de tartamudear un poco impidió al futuro crítico lanzarse á la carrera de la jurisprudencia, para la cual tenia terminados todos sus estudios. Empezó á abrirse paso por la poesía, encontrando acceso de este modo en el palacio de Boufflers, y su primera obra dramática, una *Fedra*, obtuvo grande éxito: este triunfo le hizo dedicarse con mas especialidad al teatro, en donde se representaron muchas obras suyas:

entre ellas, la que mas ruido metió fué su *Adriano, emperador romano*, música de Mehul, y forma precisamente el asunto de esta carta que vamos á transcribir mas abajo. Además de su repertorio trágico, cómico y lírico, Hoffmann, — cuyas obras *La novela de un cuarto de hora* y las *Citas á media noche*, se representan todavía, en la Comedia Francesa y en la Opera Cómica respectivamente, — Hoffmann, decimos, dejó un crecido número de *Misceláneas* en prosa (aun de materias científicas), y de poesías ligeras. Sobre todo, ejerció durante largos años su pluma de crítico en el *Diario del Imperio* y en el *de los Debates*, en donde dió pruebas de sano y noble crítico, no sólo por su condición y buen gusto, sino lo que es mas extraño todavía, por su carácter y por su dignidad. « Retirado en Passy, — dice Rabbe, era inaccesible á toda clase de visitas, incluso las de los autores que temían los dardos severos y justos de su censura. » Sainte-Beuve añade: « Su vida, durante los últimos años, era la de un hombre original en sus cosas, pero que pone todo su conato en vivir con entera independencia. Se negaba á asistir á las comidas en donde presumiese encontrar ni á uno solo de sus censurados. Exagerábase su misión de crítico, temiendo las visitas... porque eran en menoscabo de su persona. Colocado entre la buena educación y la verdad severa, temía igualmente faltar á la una y á la otra. Así avanzaba hácia la edad caduca en su retiro de Passy, solitario en medio de sus libros y sin comunicar con sus semejantes en vida, sino por medio de la pluma: crítico íntegro, adornado de grande erudición y digno de estima, aun cuando fuesen erradas sus apreciaciones. »

Débil de salud, combatiendo durante muchos años á fuerza de una sobriedad estremada la dolencia que la iba minando, Hoffmann se apagó de repente una noche, sentado al amor de la lumbre, con un volumen de Chateaubriand en la mano. Hacia mucho tiempo que era viudo de la hija de Boullet, célebre maquinista de la ópera. Tuvo dos hijos, el uno, prisionero de los ingleses en la batalla de Waterlóo, pereció en un naufragio al volver á su país: el otro vivía oscuramente casado en un arrabal de París. Por una coincidencia extraña, por un fenómeno digno del estudio de los fisiologistas, cuando Hoffmann se sentía enardecido por el fuego de su imaginación, cesaba su tartamudeo y, libre de un defecto con el que se pretendió ridiculizarle, sus frases eran sueltas, rotundas, elocuentes. Vengamos á la carta en cuestión.

Cuando en 1792 quiso Hoffmann dar á la escena su *Adriano*, cuya música fué compuesta por su amigo Mehul, la entrada triunfal de un emperador romano en un carro arrastrado por cuatro alazanes (procedían de las caballerizas de María-Antonieta) pareció un episodio peligroso y agresivo á las ideas reinantes á la sazón. El municipio de París que administró la Ópera mientras duró la revolución, tuvo la exigencia de que se suprimiese esta escena peliaguda. Resintióse Hoffmann, — no sin peligro de su vida, como él mismo dice en su carta, — y su obstinación tuvo por resultado que se abandonase la obra, que no fué reproducida hasta mas adelante (el año VI) aunque sin asistencia del autor á los ensayos. También esta vez surgieron dificultades para el *Adriano*, y denunciada la obra ante el consejo de los Quinientos, fué borrada del repertorio, después de algunas representaciones. Pero en 1802 la vista de un emperador que vuelve triunfante, no pareció causar tanto recelo á la autoridad... y la pieza fué puesta nuevamente en escena: presentóse también en los certámenes decenales de 1810, y logró la primera mención después de la *Vestale* de Spontini y de Jouy. En medio de las vicisitudes que atravesaban

*Adriano* y Hoffmann, fué cuando éste dirigió al ministro del interior la carta que mas abajo transcribimos y que pinta y revela al hombre tan distinto del que con frecuencia se forja la opinión pública por las obras de un autor. Esta carta nos reproduce el tipo del carácter trazado por Sainte-Beuve en el párrafo de razonada crítica citado mas arriba:

Exmo señor,

« Séame lícito acudir á la justicia y á la autoridad de V. E. á fin de cortar unas contestaciones tan desagradables para un literato, como desconsoladoras para un hombre de bien.

» Respetando sus altas ocupaciones, espondré á V. E. los hechos de la manera mas sucinta que me sea posible: no obstante, reclamo de V. E. toda su indulgencia, porque el agravio que se me infiere no puede por su índole explicarse en dos palabras.

» En el mes *pluvioso*, año VI, el teatro de las Artes quiso dar á la escena la ópera del *Adriano* que tantos sinsabores me habia acarreado por parte de los que se arrogaban exclusivamente el título de patriotas. Temí que me sucediese entonces lo que en 1792, cuando, después de representada la pieza por espacio de tres meses, fué al fin suspendida y hasta proscrita, no sin riesgo de su autor. Para garantir que la obra se pondría en escena, solicité que se me diese por vía de anticipo la cantidad de 3,000 francos: penetrado de que la administración se apresuraria á representarla, siquiera no fuese mas que para reintegrarse de lo que me habia adelantado. El ministro del interior dió el exequatur á mi demanda y me mandó entregar los 3,000 francos, sin que se me hablase de recibo, ni supiese yo á quién debería dársele. Mas, algunos días después, enviaron á casa de M. Mehul un modelo de recibo que firmé y era en sustancia del tenor siguiente: que habia recibido 3,000 francos adelantados, á cuenta de mis honorarios en la ópera *Adriano*, cantidad que debia retenerse en poder del cajero del producto de las primeras representaciones de esta obra.

» Mi deuda estaba subsanada á la décima representación. Cuando exijí mi cuota en la undécima y duodécima, M. Celerier, contador á la sazón, pretendió que yo habia vendido mi libreto y que nada se me debia. Me dirigí entonces al ministro Luciano Bonaparte que zanjó las dificultades, y M. Celerier me escribió que él habia estado equivocado, y que en vista de sus nuevos informes, la obra me pertenecía y me entregó los honorarios que me eran debidos.

» Adjunto á V. E. una copia de la carta de M. Celerier, cuyo original obra en poder de M. Aignant, quien podrá certificarlo á V. E.

» Hoy que el *Adriano* se vuelve á poner en escena, el nuevo contador reproduce la equivocación de M. Celerier y sin presentar título alguno, tiene el valor de sostenerme cara á cara que he vendido la pieza y que hasta he cobrado 600 francos indebidamente.

» Eso en resumidas cuentas es dar por sentado que soy un ladrón y un hombre impudente hasta el exceso, porque si es cierto que vendí y me fué satisfecha la obra ¿con qué cara me atrevo á lanzar al dominio público un asunto tan vergonzoso? Con qué cara pude recurrir en otro tiempo al ministro y demandarle justicia contra los que intentaran confundirme?

» Protesto á V. E. que no estoy hecho á semejantes sonrojos, que me afectan mas de lo que pudiera decir. Mi reputación como autor podrá ser escasa, pero como hombre honrado debe merecer mas respeto. Yo firmé delante de M. Mehul, y mi reclamación fué ante el ministro: M. Arnault, jefe de sección del ministerio, reconoció la justicia que me asistía en la demanda, prestándola su apoyo; M. Celerier la examinó y dió por valedera, el mismo M. Bonnet me escribe que no pone en duda



mi derecho: sólo M. Waut me supone bastante bajo é infame para meter en mi bolsillo un dinero que no me pertenece.

» Me ha manifestado de un modo harto duro, que tengo que buscar mi recibo si quiero que se me pague; pero no se le ocultará á V. E. que no me incumbe buscar un recibo que nunca se escribió para que se conservase en mi poder. No es mas bien incumbencia del que me acusa de robo el presentar un título en contra mia? No es obligacion del que debe y tiene que pagar, el presentar el recibo? El que pretende haber comprado, no debe exhibir el acto de venta? Cualesquiera que sean las evasivas de M. Waut, nunca tendrá excusa de haberme afrentado sin presentar un título que justifique su innoble proceder.

» Yo reclamo justicia á V. E., en pró de mi honor, mas que en pró de mis intereses: dignese V. E. ordenar que se me entregue lo que me es debido, ó que presente el supuesto acto de venta.

» Dios guarde á V. E., etc.

» HOFFMANN.

» El 5 de brumario del año XII.

Hace diez y ocho años, cierto día, un pobre diablo se presentó por tercera vez en el domicilio de M. Le Carpentier. El célebre coleccionista habia salido.

— Es absolutamente indispensable que le vea hoy mismo, — dijo el importuno, — y púsose en acecho á la puerta de su casa.

Los criados le tomaron por un mendigo y le volvieron la espalda.

Al cabo de dos horas volvió M. Le Carpentier y al momento de entrar, el acechador le sale al encuentro. Al ver su traje lastimoso, el émulo de Sauvageot echa mano al bolsillo... pero el desconocido le cortó la accion:

— Caballero, — le dice, — es usted M. Aristides Le Carpentier?

— El mismo.

— El propietario de una hermosa coleccion de curiosidades y de objetos artísticos?

— Ciertamente.

— Es usted mineralogista?

— Algo. Pero á qué es la pregunta.

— Ah! caballero — es que yo tambien lo soy... y... y...

— La ciencia no le ha enriquecido á usted por lo que se vé... puesto que su traje revela la ausencia absoluta de metal.

— Mi traje... sí... pero mi cabeza! Si usted supiese! Oh! hace un año que no encuentro en Paris mas que hombres sordos y ciegos! Y sin embargo, si me quisiesen escuchar!...

— Es un loco! — dijo para sí M. le Carpentier, decidido á cortar el coloquio.

— Tiene usted oro nativo en su coleccion?

— preguntó el hombre de los harapos.

— Amigo... estoy de prisa... si necesita usted algun dinero...

— No, señor! — respondió con orgullo el advenedizo, cuya fisonomía reflejaba la luz de su inteligencia. Yo no pido nada, al contrario, ofrezco...

— Oro sin duda?

— Oro, sí, oro puro! vea usted.

Y al hablar en esos términos, el extranjero, — porque su lenguaje indicaba que venia de lejanas tierras, — sacó del bolsillo de su raído gaban, y presentó con orgullo al anticuario un trozo de cuarzo al que se adheria un filete de oro encarnado.

— Que es esto? — dijo M. Le Carpentier asombrado.

— No me seria posible contaros esta historia en otro sitio que en la calle? — respondió el hombre, quien despues de haber probado que no pedia una limosna, parecia querer tratar con el sabio anticuario de igual á igual.

Entraron pues en el vestíbulo, y allí el extranjero empezó á hablar de este modo.

— Hace un año que llegué de mi pais...

— De donde?

— Poco importa en este instante... Hace un año que procuro inútilmente encontrar un hombre sensato que me escuche, y á quien presentar esta muestra mezquina de los tesoros que yo conozco! Nadie quiere oirme! todos se rien á mis barbas y me llaman loco! Loco!

Sin embargo, no lo soy! Y vengo para que usted me ayude á probar á los demás que los locos son ellos! Yo quiero que el gobierno me facilite un buque tripulado con cien hombres: cuando estemos en alta mar, diré al capitán á donde ha de dirigir el rumbo! Y pronto daremos la vuelta con el cargamento lleno de oro... y si el gobierno me confía dos, cinco, diez buques... todos ellos volverán cargados de oro puro hasta el tope!... y esto en menos de un año! Vamos á ver, me han asegurado que es usted bueno y entendido... quiere usted explicar todo esto al ministro? Yo hago poderoso á usted, á su familia... á Paris entero! á toda la Francia... á la misma Europa! Oro! oro!... no es un sueño! Usted me mira como á un loco! Oh desesperacion! Pero algun dia se convencerán de que no era demencia!

Y se exaltaba el buen hombre. El anticuario procuraba apaciguarle, y conociendo que la cabeza estaba llena y el estómago vacío, le obligó á comer y á aceptar algunas monedas con la promesa de ayudarle en su intento. Agradecióle con efusion el hombre y prometió volver el domingo siguiente.

Examinó M. Le Carpentier la muestra, y consultado el negocio con un ingeniero de minas, convinieron en esperar al extranjero para cerciorarse de si eran fundadas sus sospechas aseveraciones. Pero esperáronle en vano el domingo y los dias siguientes: pasáronse dias y aun meses enteros sin volverle á ver, con lo cual M. Le Carpentier colocó el trozo de cuarzo en un armario y poco á poco olvidó el mineralojista los cargamentos de oro!

Transcurrieron así hasta quince años...

Un dia, mientras estaba ocupado en sus habituales tareas, trajeron al anticuario un paquete y una carta. El paquete contenia un objeto pesado envuelto en un pañuelo destrozado por el uso y sujeto con cuerdas. La carta venia ajada y roida por el tiempo. El paquete y la carta habian pertenecido, años atras, á un infeliz extranjero que murió de languidez, de debilidad y de miseria. Al morir, habia dejado encargo á su vecino, tan infeliz como él, de que llevase los dos objetos á su destino designado encima. Pero la comision no se cumplió, y el comisionado murió tambien á su vez. Quince años despues, por un evento de la casualidad, la carta y el paquete fueron encontrados en el ricon de un armario de la pared por uno de los numerosos inquilinos que habian sucedido al primero, esto es, al comisionado negligente. El paquete contenia varios trozos de cuarzo lustrosos y enroñecidos, cuyo aspecto no podia escitar la avaricia de nadie. La carta... acaso nadie habia pensado en abrirla por no saber leer, ni escribir! Como quiera, es el caso que el depósito intacto vino por fin á caer en manos de un honrado jornalero, quien, aunque algo tarde, le condujo á su destino. M. Le Carpentier leyó en el papel estropeado las líneas siguientes:

« Usted me ha escuchado y socorrido... aunque... bastante tarde! Voy á morir y quiero, legarle mi secreto. El pais donde coji y existe el oro se llama...

« LA CALIFORNIA! »

El célebre coleccionador de que hablamos no puede hoy referir esta anécdota, desconsoladora en verdad, sin cierta emocion que se comunica fácilmente á su auditorio, y enseña el oro que recibió hace diez y ocho años en depósito, de aquel desconocido... vanamente

esperado por segunda vez y que no quiso revelar la maravillosa comarca que perturba hoy el valor monetario del mundo entero con el torrente de oro que derrama por todas partes! El pobre minero, desconfiando de su propio pais, habia venido á Francia á revelar ese inmenso tesoro, pidiendo buques para conducirlos á las minas — y sólo logró que le prestase oídos un hombre, — pero ya tarde!

Véase pues de qué dependen á veces los mas grandes acontecimientos! Si M. Le Carpentier hubiese recibido oportunamente la carta del moribundo que contenia la palabra cabalística: *California*... hace diez y ocho años que la Francia hubiera tomado posesion de esa tierra maciza de oro que ha puesto ya en circulacion sumas asombrosas, pues que un boletín de los *Anales del comercio exterior* las evalúa en 2.818,975.000 francos, es decir, cerca de 3 millares de millon.

Invitamos á nuestros lectores á que procuren oír esta anécdota de los lábios del mismo M. Le Carpentier, quien les enseñará á la vez la pepita importada de la California por ese pobre diablo, ese Mesías del oro, espirando de miseria en el momento en que iba á ser comprendido y cuando estaba próximo á obtener el buque solicitado á tantos locos que se reian de sus ilusiones!

He aquí una coleccion de pensamientos y de observaciones de mundo recojidas por la señorita Antolka S, condesa de Rz... y encontradas en sus papeles, herencia hoy de Mma. de Sw...

« Hay personas que no saben perder el tiempo solas y son la plaga de los hombres laboriosos.

» El júbilo de los tontos entristece á los que no lo son.

» Vale mas arrojar al aire una piedra que una palabra.

» Se encuentra cierto placer amargo, mas al fin placer, en sufrir con la ingratitud de nuestros semejantes.

» La buena educacion es como el agua corriente, pule las piedras mas duras.

» La sutileza es una cualidad de la cabeza y un vicio del corazon.

» Las mujeres aprovechan su talento para sus locuras mas que para su razon.

» La franqueza es el atributo de los caracteres grandes: es el rasgo distintivo del hombre de bien y el sello de los sentimientos elevados.

» Las lágrimas son crédulas y la sonrisa solapada.

» Deseo de ostentacion, manantial de ruina.

» Por lo comun es mas honroso empobrecerse que conseguir la riqueza, porque con frecuencia se arruinan las jentes por sus buenas cualidades, — y se enriquecen por las malas.

» En su orgullo, las mujeres se vengán de los tontos en los hombres de talento y de los amigos prosaicos en los corazones generosos.

» Las buenas prendas son un obstáculo mas todavía que los defectos para tener amigos.

» Para encontrar en Paris el verdadero amor, es preciso descender hasta las clases en que la ausencia de educacion y de orgullo, á la vez que la pugna con la necesidad han impreso una energía apagada en los salones.

» Las mujeres, para conseguir el infierno, pierden mas afanes que los necesarios para conquistar el cielo. »

JULES LECOMTE.

(Trad. A. de la B.)





La Natividad de la Virgen, por Murillo. (Segun dibujo de Bocourt, grabado de H. Linton.)

Aquí, no se nota el carácter ingenuo de los pintores religiosos de Florencia, ni de Andrés del Sarto, sobre todo, el cual trasladó al lienzo la historia completa de la Virgen con un sentimiento de fé primitiva que desechaba todo accesorio inútil y mundano. Murillo traza en una pintura llena de verdad un acontecimiento doméstico, por el mismo sistema que empleó Rubens en el cuadro del alumbramiento que figura en el Louvre. Estos dos pintores retratan la verdad doméstica: mas así como Rubens presenta siempre flotando por cima de estos personajes históricos á las divinida-

#### LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN, [OF MURILLO.

Entre los cinco lienzos de la escuela española que M. de Nieuwerkerke adquirió últimamente para el museo del Louvre, hay dos de Murillo, obras preciosísimas con que el entendido director enriqueció el dominio parisiense del arte universal. No hablaremos por ahora del célebre cuadro tan conocido con el nombre de la *Cocina de los ángeles*, limitándonos á consagrar algunas líneas á la *Natividad de la Virgen*, cuadro reproducido por el *Mundo ilustrado*.

des mitológicas, del mismo modo prodiga Murillo los tesoros de la teogonía cristiana en torno de estas escenas de interior de familia, abre de par en par el cielo evangélico y presta radiante luz á una triste y pobre boardilla, ó á los humildes travesaños de un lecho de posada. El colorido que derrama en sus piadosos lienzos no tiene nunca un carácter chillón, ni recurre á la óptica para producir fuertes efectos de luz sobradamente profanos: los ojos se detienen con cierto encanto místico en esas tintas dulces, apacibles, armoniosas, que recuerdan los matices otoñales al decli-

nar el sol en el campestre horizonte. Los cuadros de Rubens atraen la vista, los de Murillo escitan la contemplación.

Este pintor español sobresale á todos en la pintura de los ángeles: ningún artista comprende como él lo ideal de estos espíritus puros, seres intermedios colocados entre el hombre y Dios; ninguno como él caracteriza esos semblantes celestes radiantes con la sonrisa de Dios y partícipes de las encantadoras gracias de la mujer y del ingenuo gozo del niño. Convendría tener en el Louvre una galería completa de Murillo y consa-





Mercado de frutos en Argel.



grarla al paseo esclusivo y dominical de las re-cien desposadas: de este modo se mejoraria sin duda el tipo de la raza parisiense. Praxitéles y Scopas habian poblado de arrogantes diosas los paseos de las ciudades griegas; y todas las mujeres eran un dechado de hermosura: en Andalucía, merced á los pinceles de Murillo, todos los niños parecen querubines, por tradicion: el tipo moruno ha desaparecido. En Paris abundan las estátuas de legisladores, de guerreros, de magistrados y de poetas. Esos hombres merecen ciertamente que se les honre con apoteosis, pero en general no son nada donosos, y las mujeres, en los meses de Lucina, no sacan provecho alguno de la contemplacion de tan adustos personajes.

Bajo este punto de vista es doble el valor de la adquisicion del cuadro, *el nacimiento de la Virgen*. La madre está retirada, en su lecho, envuelta en una sombra misteriosa, apenas impregnada de luz. La tierna criatura, la futura madre del hombre-Dios, acaba de ver la luz y en su primera sonrisa, en su mirada primera, se pone en contacto con el cielo: su primer sonido balbuciente murmura el versículo: *Rorate, cæli, desuper, et nubes pluant justum!* Tiene al lado suyo por primeros servidores los espíritus de la corte celestial, los servidores del mismo Eloa. Los ecos resuenan con el *Gloria in excelsis*: la paz descende de las alturas sobre los hombres de buena voluntad: sublimes rayos de luz inundan la modesta cuna, la cuna de la salvacion del mundo. Se comprende que va á realizarse la profecía del maravilloso contemporáneo, que Virgilio ha visto lucir la aurora de Jerusalem desde las cúpulas del Capitolio:

Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo,  
Jam redit et virgo; redeunt Saturnia regna,  
Jam nova progenies cœlo demittitur alto.  
Incipe, parve puer, risum cognoscere matrem.

Desmorónase el mundo de la carne, el mundo del alma da principio. El odio se apaga, empieza la caridad. Todo este cuadro del nacimiento resplandece con los rayos del amor nuevo y con las sonrisas del perdón evangélico. Dos tiernos ángeles traen la ley de gracia en una cuna: los querubines, contristados con la culpa del Eden, cantan himnos de júbilo y de reconciliación: no hay mas que mujeres en torno de María; simbolizan el amor en este mundo: no hay tampoco mas que ángeles, simbolizan el amor del cielo. El hombre está escluido del cuadro: representaba á la sazón el odio, la discordia, la venganza, la guerra, todos los azotes que asolaron este triste mundo por espacio de cuatro mil años.

MERY.

Trad. A. L. de B.

#### TOA-KWANG Y HIEN-FOU,

Emperadores de la China.

Toa-Kwang era el sexto emperador chino de la dinastía de los Mings, el primero de los cuales fué Choun-Tchi, en 1644.

El nombre de Toa-Kwang significaba *esplendor de la razon*. Los últimos años de su largo reinado estuvieron llenos de tristeza. Acababa de sufrir la *guerra del opio*, y de ceder Hong-Kong á los bárbaros; preveía para su sucesor grandes peligros, y pronunció un día estas palabras casi proféticas: « La decadencia sigue siempre á la prosperidad. »

Al morir, Toa-Kwang se llevó una grande gloria: la de haber escrito, con su pincel encarnado, estas palabras: « *Hágase segun tu demanda,* » en el informe que le dirigió su ministro Ki-Yng, despues del tratado de Wampoa, para obtener « que todos los extranjeros que profesa- » san la religion del *Señor del cielo*, y no provo-

» caran disturbios con su conducta, fuesen » exentos de persecucion. »

La tradicion China exige que el emperador escriba de su propia mano un acta auténtica que designe su sucesor; que esta acta sea encerrada en un cofre de oro, guardada con esmero, y que se dé lectura solemne de ella el dia en que el soberano deje de existir.

Toa-Kwang no creyó prudente conformarse á este uso. Habiendo convocado un dia á todos sus altos mandarines y á todos los gefes de su ejército, proclamó de viva voz á su heredero presunto. Tal fué su cuarto hijo *Se-go-Ko*; y la *Gaceta de Pekin* anunció este suceso á toda la China.

Toa-Kwang murió en el mes de enero de 1850. Su reinado comenzó en 1820.

Se-go-Ko tomó inmediatamente el poder y el título de Hien-Fou, es decir, *completa abundancia*.

Este emperador nació en 1831. Es alto, vigoroso, ágil, muy apto para los ejercicios del cuerpo, y de una actividad que desconcierta todas las ideas falsas del Occidente acerca de la apatía é indiferencia de los soberanos chinos. Su tez es morena, elevada su frente, sus cejas espesas, sus ojos negros y enérgicos á pesar de su oblicuidad muy marcada; sus labios son mas delgados que los de su raza, pero sus megillas ofrecen en los pómulos una salida que recuerda el tipo puro tártaro. Este príncipe tiene el aspecto de un verdadero guerrero.

El principio de su reinado dejó indecisos á todos sobre las ideas del nuevo emperador. Pero en el mes de noviembre de 1850 verificóse la esplosion. El joven soberano, rompiendo violentamente con todas las tradiciones de su padre, publicó en la *Gaceta de Pekin*, dos largas ordenanzas contra Muh-Changah y Ki-Yng, los dos ministros que le habia legado Toa-Kwang.

En una de estas ordenanzas se acusa á Muh-Changah de ser incapaz de haber favorecido á los Ingleses, y el emperador le despide, por indulgencia, declarándolo « indigno de ser empleado. »

En cuanto á Ki-Yng, hé aquí cómo trata Hien-Fou á este ministro, tío de su padre, el que habia tenido la alta dignidad de *Guardian del heredero presunto*.

Despues de haberle acusado de cónsipar con los bárbaros de Occidente, el emperador dice: « Su lenguaje era como los ladridos de un perro, » era menos todavía, un objeto digno de compasion, » y á causa de su « extrema incapacidad, » pero sin embargo por indulgencia, será degradado hasta el quinto rango y descenderá á « *sub-ayudante-sub-secretario* en una de las cinco » oficinas. »

Pero ese mismo mes de noviembre fué doblemente memorable. La grande insurreccion china estalló en el sur del imperio. El rival de Hien-Fou se llamó Hung-Tza-Tzuen. Ha tomado el título oficial de *Tai-Ping-Wang*, es decir, príncipe soberano pacificador, y quiere fundar la dinastía de los Tai-Ping.

En medio de todos estos peligros, Hien-Fou habia adoptado un sistema mas que cartaginés para estimular el valor de sus generales. Lejos de ocultar las derrotas, como se dice en Europa, hacíalas referir en la *Gaceta de Pekin*. Solamente que, á continuacion de cada relato, venia una lista de generales y otros gefes que habian tenido la cobardía de dejarse vencer, y la indicacion muy circunstanciada del suplicio que cada uno de ellos habia sufrido. Estos suplicios acababan siempre por la decapitacion. En 1850 solamente, seiscientas cabezas cayeron de este modo; la derrota, en China, es una traicion.

Poco faltó para que un crimen pusiese fin de repente al reinado de Hien-Fou que apenas comenzaba. Paseándose el emperador una tarde del

mes de julio de 1851 en sus jardines, fué asaltado por un hombre con el puñal en la mano. Lanzóse un oficial con bastante prontitud para salvar la vida al joven monarca. El criminal fué agarrotado, interrogado, y no confesó nada. El emperador sospechó un complot de familia. Cortóse la cabeza á diez y ocho mandarines sospechosos, sus mujeres y sus hijos sufrieron el mismo suplicio, segun la ley china, y sus bienes fueron confiscados.

Hien-Fou es la personificacion mas resuelta de la antigua inmovilidad china; su carácter es una mezcla de energia, de desconfianza y de credulidad, que se traduce por una oposicion absoluta á toda innovacion venida del exterior.

M. Ward, ministro de los Estados-Unidos, atravesaba, hace algunos meses, el territorio chino, encerrado con toda su legacion en una verdadera caja ambulante, y llegaba á Pekin sin haber podido apercibir siquiera el aspecto de un solo lugar del pais. Contaba con una audiencia de Hien-Fou. Fijósele entonces la etiqueta de los *postramientos* y otras humillaciones prescritas.

M. Ward rehusa y ofrece hacer, si es preciso, nueve saludos; obstinanse en exigir que se prostorne nueve veces, y se le envia firmado su tratado con orden de que parta al dia siguiente, como habia venido, sin ver ni á la China ni al emperador.

No obstante, Hien-Fou es un letrado, pero un letrado á lo chino, y dedica sus ratos de ocio, segun se dice, á hablar de ciencias y de literatura con los sabios y los poetas á quienes acoge con proteccion, y sobre todo, ocúpase en escribir un poema épico que será la epopeya de Ou-Lan-tai, uno de los jefes tártaros mas célebres. En verdad, Lorenzo de Médicis no habria hecho mejor, y si el poema es mediano, será por lo menos curioso.

El entusiasmo del joven soberano por la raza tártara no se limita á esto. Violando la tradicion china y el antiguo amor de su nacion á los piés microscópicos, los talles desmedrados, y la belleza de las mujeres raquílicas, Hien-Fou se ha casado con una princesa alta y rolliza, mujer de piés largos, de tronco robusto y de talle flexible y vigoroso; la hija de un jefe de Mogoles, pariente suyo.

La corte de esta emperatriz se halla compuesta esclusivamente de mujeres de su raza; éstas montan á caballo, tiran la flecha, cazan, corren como verdaderas amazonas, y el emperador, ágil y robusto como un verdadero Tártaro, toma parte en sus juegos y sus placeres con un ardor que desola de celo á los millones de Chinas reducidas á tener piés sin servirse de ellos.

Esta derogacion de Hien-Fou á los usos chinos va mucho mas lejos. Parece haberse dado por regla oponer á la inmoralidad proverbial y al libertinage de sus súbditos el ejemplo de una vida austera, sencilla, fundada en el respeto de la esposa y de la familia. La emperatriz es objeto de las mayores pruebas de respeto, tiene asiento en los consejos del imperio, y es uno de los consejeros mas escuchados por el soberano.

Quién sabe si las mujeres no están destinadas á preparar en China, como en otras naciones, la civilizacion y el progreso? — En este caso, la reforma habrá comenzado por los piés.

A. LANNAU-ROLLAND.

(J. R.)

#### MERCADO DE FRUTOS EN ARGEL.

Uno de los espectáculos mas originales y mas curiosos que presenta la ciudad de Argel no es ni la vista de la Casbah ó de sus mezquitas, ni la de sus puertas, de sus fortificaciones ó de sus ca-



sas moriscas, sino la de su mercado de frutos, que se verifica en la calle de Bab-à-Zoun.

No hay una sola escena de costumbres africanas, por mas colorido que se le suponga, que no palidezca ante esta feria de cada día, en la cual se mezclan todas las lenguas, todas las costumbres, todas las fisonomías, todos los trajes; en la cual la Mora, cuyo velo deja apercibir solamente sus grandes ojos negros rasgados, se confunde con la Española, que lleva en su mula, abanico, basquiña y mantilla, y la Parisiense, deslizándose esbelta y graciosa con su crinolina y sus volantes; en la cual el Árabe, envuelto en su albornoz fijado á su frente por una cuerda de pelo de camello, discute con el astuto Judío, el Francés de sempiterna charla, el petulente Italiano y el grave hidalgo.

Uno de los caracteres mas particulares de este mercado es sin duda la riqueza de sus provisiones. Se encontraría difícilmente reunida mayor variedad de productos agrícolas tan hermosos. No mencionaremos esos sabrosos higos, esos racimos de magníficos dátiles, esos melones y esas sandías cuya perfumada pulpa se disuelve en una agua deliciosa, esos albrichos, esas naranjas, esas uvas, todos esos exquisitos frutos, finalmente, que constituyen en gran parte el alimento de los habitantes de los climas tórridos.

Lo que fija empero mas vivamente la atención en las escenas numerosas á las cuales sirve de movedizo cuadro este mercado, no son esos montones de excelentes legumbres y esas pirámides de magníficos frutos que prodigan la fertilidad del suelo y el calor fecundo de un cielo tropical, si no particularmente y sobre todo la variedad, lo raro y los contrastes de esa animada muchedumbre, uno de cuyos grupos reproduce nuestro grabado.

LEO DE BERNARD.

(J. R.)

### LOS CIRCULOS DE PARIS.

El círculo instalado en el hotel de la esquina del boulevard y de la calle de Grammont es el único de París que tiene un objeto elevado y noblemente proseguido, al lado de los motivos de recreo y de sociabilidad que han presidido á su formación. Llámase *Sociedad de fomento para la mejora de las razas caballares en Francia*, y algunas veces se le designa también con el nombre mas corto y mas pintoresco de *Jockey-Club*.

Le viene esta segunda denominación de la semejanza de su institución con la de la célebre sociedad, de Inglaterra, que ha servido de modelo para organizarla.

En aquella época, la brillante juventud de la alta clase de París se reunía en el jardín del Tivoli, en el recinto del tiro de paloma fundado por Bryon. Allí se encontraban con frecuencia lord Henri Seymour, el conde de Cambis, el conde Max Caccia, M. Delamarre, el conde Demidoff, M. Fasquel, M. Charles Laffitte, M. Ernest Le Roy, el caballero de Machado, el príncipe de la Moskowa, M. de Normandie, y M. de Rieussec.

Todos comprendían que había un grande y útil pensamiento que realizar: el de regenerar por la pura sangre las razas caballares, pues la mayor parte habían caído en un estado deplorable de degeneración. Dichos personajes tenían á la sazón veinticinco ó treinta años.

Hallándose reunidos pues los elementos de la Sociedad de fomento, no se amedrentaron de las dificultades que podían surgir. Muy pronto se abrieron y cubrieron las listas de suscripción, y fué publicado un programa de premios de concurso para la primera quincena de mayo. Los premios se elevaban á la cantidad de 2,040 pesos, mas un vaso ofrecido por el conde Demidoff. Estas

carreras debían verificarse en el bosque de Boulogne; pero el 1º de marzo de 1834, el comité, presidido por lord Seymour, modificó su decisión y cambió su programa. Los premios que había que disputar ascendieron á 3,040 pesos y dos vasos de plata sobredorada. Dichas carreras, las primeras instituidas por esta reunión de jóvenes, se verificaron en el Campo de Marte, el 4, 8 y 11 de mayo de 1834 (1).

La Sociedad tuvo durante seis meses una existencia incierta y precaria: confiaba en el porvenir, pero este porvenir nada tenía de fijo ni de seguro; buscaba los medios de consolidarse, y logró constituirse en regla. En el mes de noviembre de 1834, se creó el Jockey-Club, bajo la presidencia de lord Henri Seymour. Fué instalado en el boulevard, en la esquina de la calle de Helder. El escote debía ser anual, debiendo emplearse una parte de este escote en los gastos del club.

Ese mismo año vió comenzar las carreras de Chantilly.

Una casualidad les dió nacimiento. Una tarde del otoño de 1833, despues de una gran comida dada en los bosques de Chantilly, al concluir una caza con perros, MM. de Plaisance, de Wagram, de Normandie, d'Hédouville, de Labanoff, jefe de la comitiva, volvían al castillo. Atravesaban el mullido césped, teñido con los melancólicos rayos del crepúsculo; tenían la costumbre de lanzar sus caballos, durante su vuelta, con el fin de ostentar su vigor y su lijereza, ya experimentados con las fatigas de la caza. Parten, el castillo de los Condé se halla delante de ellos, reflejándose en las limpias aguas de sus fosos; el enrejado de la entrada es el punto convenido entre ellos. M. de Normandie fué el vencedor. La distancia, de una milla aproximativamente, había sido recorrida en menos de dos minutos, sin trabajo, sin esfuerzo y sin accidente. Es que el terreno era diverso del de la selva, en donde la pezuña del caballo se hunde y se entorpece. Cuando llegaron al punto designado, los jinetes se vuelven para darse cuenta del espacio recorrido.

— Qué magnífico hipódromo se haría en este vasto sitio! dijo el conde d'Hédouville.

— Sí, responde el príncipe Labanoff, el dueño de este hermoso dominio podría crear aquí fácilmente un campo de carreras sin rival.

— Un New-Market, dice M. de Normandie.

— No, está muy lejos de París, contesta el príncipe Labanoff.

— Un Doncaster.

— Está demasiado cerca.

— En este caso, responde el príncipe, un Epsom en donde se disputaría el Derby de Francia. — Eso es, exclamó; señores, si sois de mi opinión, mañana mismo daremos parte de esta idea al duque de Orleans.

En efecto, hizo la comunicación, y, algun tiempo despues, el año siguiente, las carreras de Chantilly estaban instituidas.

El año de 1835 se señaló por un hecho de la mayor importancia para las carreras, la creación del premio del Jockey-Club, ó Derby francés, que excitó un interés tan vivo y tan merecido. El 24 de junio de 1835, el comité de los miembros fundadores votó la cantidad de 1,000 duros de premio que debía dar el Jockey-Club en las carreras de 1836. El premio fué disputado el 24 de abril, y ganado por Frank, á lord Seymour.

En la asamblea general del mes de febrero de 1836, fué propuesto y adoptado un reglamento constitutivo de la Sociedad de fomento. Ha sido modificado mas adelante, en las asambleas generales del 10 de abril de 1853, y del 28 de enero y 3 de mayo de 1855.

(1) El 22 de abril de 1834, el Campo de Marte fué puesto á disposición de la Sociedad por el ministro de la guerra y por el prefecto del Sena.

El círculo no tardó en tomar mucha estension; el local de la calle de Helder fué muy pronto insuficiente; trasportóse á la esquina de la calle Grange-Batelière y del boulevard, á la casa de M. Dubruges-Dumesnil.

Al mismo tiempo que prosperaba el círculo, el interés que se da á las carreras era mejor comprendido cada día. La ciudad de Versalles fué una de las primeras que siguió el impulso dado por el Jockey-Club; ella puso un terreno á disposición de los criadores.

Las reglas que se deben seguir en las carreras no estaban suficientemente definidas desde la fundación de la Sociedad. Nombróse una comisión para que estudiara este asunto. Un nuevo reglamento fué propuesto y adoptado en una de sus sesiones.

En aquella época el duque de Orleans, que quería asociar su nombre á la útil obra de la mejora de las razas caballares, aceptó la presidencia honoraria de la Sociedad de fomento, y Su Alteza Real el duque de Nemours la vice-presidencia.

El honor de formar parte del club llegó á ser para la juventud brillante y rica de París objeto de una ardiente emulación, que no ha hecho mas que aumentar con el tiempo.

Hoy mas que nunca, el hombre de la alta sociedad en París, si tiene algun valor personal, si pertenece á las regiones aristocráticas, tiene su lugar señalado en esta Sociedad, que se ha hecho una distinción real en la opinión pública.

El número de los miembros es ilimitado, segun los estatutos, pero los candidatos se hallan sometidos á condiciones de notabilidad y de fortuna que tienen sus rigores saludables.

Una bola negra contra seis basta, en la votación de admisión, para escluir á un candidato. Nadie puede aspirar á formar parte del círculo, si no es presentado por tres socios permanentes: este requisito es una condición *sine qua non*.

Las demandas de admisión son consignadas en los registros del club y deben ser apoyadas siempre con la firma de los miembros bajo cuyos auspicios se hacen estas demandas. Los nombres de los candidatos, acompañados de los de sus padrinos, son publicados por carteles en los salones del círculo cinco días antes de la votación, si se trata de un miembro permanente, y tres días sólo, si se trata de un miembro temporario. El escrutinio para la admisión de un miembro permanente se abre todos los domingos durante la primera quincena del mes de setiembre, y desde el 1º de noviembre hasta el 31 de mayo. Verifícase los domingos y juéves de todo el año para los miembros temporarios. Ninguna votación es válida, á menos que el resultado del escrutinio, el cual permanece abierto durante seis horas, atestigüe que por lo menos han votado doce miembros del club. Dos comisarios nombrados por el comité extraen públicamente los votos. Si se hallasen menos de doce bolas en la urna, y si hubiera mas que el número de los votantes, siendo defectuoso el escrutinio, se le declararía nulo. Anúnciase el resultado con las palabras sacramentales *admitido, aplazado, escrutinio nulo*. Puede presentarse de nuevo al candidato que ha sido aplazado (1).

No solamente se reconoce hoy al Jockey-Club como la mayor autoridad en materias de caballos, sino que sirve de intermedio en las relaciones de todas las sociedades de carreras; él es el agente, el banquero de los criadores y de los propietarios de caballos que quieren hacer correr.

El secretario del club se encarga á su nombre de los ajustes; para ellos es una grande economía de tiempo y de trabajo, y además una ga-

(1) Véanse los estatutos.





VENECIA A VISTA DE PAJARO.

Ayuntamiento de Madrid



rantía de exactitud y de puntualidad. Siempre bien informado, al acecho de los plazos, de las condiciones y de los reglamentos, luego que le llega una orden de ajuste, la ejecuta y adelanta los fondos por su comitente, contra el cual jira para cubrirse de sus adelantos.

El Jockey-Club ha creado, en medio de la sociedad parisiense, un nuevo interés de placer y de grande existencia. Desde su aparición, las carreras de París han sido uno de los lugares de cita de la clase selecta. Ellas son hoy formales y brillantes, de ridículas y miserables que habían sido en un principio.

Fuera del objeto especial que le sirve de invocación, la sociedad ha sido la primera que ha hecho comprender en Francia las ventajas de esta fraternidad de costumbres que se encuentra en los clubs. Los otros círculos de París, anteriores á éste, no constituían mas que unas asambleas de hombres de cierta edad que pasaban horas enteras en las emociones continuas de los juegos de naipes, de treinta y cuarenta y de la ruleta. El Jockey-Club ha causado una revolución, dando un nuevo impulso á todas esas sociedades que, de algunos años á esta parte se han formado en París, y que conoceremos muy pronto á causa de su conexión con todos los ejercicios del sport, centros deliciosos en los cuales el hombre aprende á vivir con el hombre, en los cuales se acostumbra anudar relaciones por el cambio de graciosos y buenos procederes. Desde su principio, según hemos dicho, el club tuvo un éxito de mucha voga. Era un gran negocio, una ambición el formar parte de él, y el código, la constitución de esta oligarquía, era de un rigor desesperante, pero justo, para varios candidatos.

Allí como en todas partes, sin embargo, cada cual se empeñaba un poco en la admisión de sus amigos; pero el objeto que todos se habían propuesto era la homogeneidad de los miembros, la unidad de elegancia y el buen tipo aristocrático. Esta doble preocupación de patrocinio y de severidad produjo aquí y allá efectos singulares. Siguióse de esto contra ciertos candidatos algunos motivos de inadmisión muy curiosos, cuyo recuerdo han conservado los anales secretos de la sociedad. No hacemos mención de los postulantes que no podían justificar un título, una fortuna brillante, ó por lo menos, una condecoración: no tenían ninguna probabilidad de ser admitidos; pero entre los que reunían uno de estos tres méritos, fulano fué *aplazado*, es decir, no admitido porque llevaba el pelo largo y rizado que le daba un falso aspecto de antiguo trovador, zutano porque ara barrigudo, mengano porque tocaba la guitarra y cantaba romanzas. Esto se comprende. Una de las individualidades mas notables del sport de Francia no ha podido lograr que le admitieran en el Jockey-Club, siquiera como miembro temporario: voy á hacérsela conocer, pues que la ocasión me conduce á ello. Era un buen tirador de pistola, un atrevido jockey á quien nada faltaba, ni aun la reputación de donosa escuadría.

Algunos buenos rasgos de la fortuna y ciertos recursos patrimoniales, demasiado módicos para cubrir los gastos de una vida de príncipe, habían dado al personaje de que hablamos la facilidad de hacerse abrir numerosos créditos, y se había aprovechado de ellos sin discreción. Por medio de un hábil sistema de abonos á cuenta que hacían tener paciencia al acreedor, sin dejar libre sin embargo al deudor, aumentaba siempre sus caídos hasta que la cantidad fuese considerable y que el acreedor rehusase ir mas adelante. Llegado á este período crítico, la suerte del desgraciado acreedor estaba irrevocablemente decidida; pasaba á una categoría que nuestro mozo llamaba los *impagados* y los *impagables*.

Un día enseñaba á sus amigos un nuevo cuarto en el cual vivía con una señora, á cuyo nombre lo había alquilado: después de haber recorrido todas las piezas, llegó á una galería de aspecto extraño y enigmático á primera vista. Componíase de una hilera de estatuas de cartón-piedra y de pedestales sin estatuas. Los personajes que aquellas representaban se hallaban vestidos á la moderna, unos con frac, otros con simple levita; tenían el rostro triste en su inmovilidad, y alargaban la mano derecha como jentes que piden.

— « Esto, dijo á sus amigos que les preguntaban, es una galería de los *impagados*. Lean ustedes encima de la puerta: *A sus acreedores, el vizconde de X... reconocido*. Veamos sino, continuó el escéntrico personaje, éste es Durantón, mi sastre del boulevard de las Capuchinas. Su cuenta había ascendido al copioso guarismo de diez y siete mil quinientos setenta francos. Qué medio de pagarle? Imposible! tachado! pero, en compensación, pronto habrá un lugar para él en este asilo del reconocimiento.

» Este otro es Philippon el nevero-fondista. Tenía derecho á reclamarme once mil doscientos sesenta y siete francos. He pasado su artículo á ganancias y pérdidas.

» El tercero es Thévenin, el fabricante de coches. Le debía treinta y tres mil seiscientos sesenta y cuatro francos; la cantidad es exorbitante, pero nada tengo que reprocharme. La estatua es de un trabajo magnífico, júzguese sinó.

» El cuarto es Caron el joyero; el quinto, Guénot, el perfumista. En cuanto á estos pedestales vacíos todavía, están esperando; serán ocupados sucesivamente, á medida que lo decida mi presupuesto; y ya ven ustedes aquí algunos trabajos preparatorios; tienen por mira á Daresne, el camiserero. El tiempo, señores, hará lo restante.»

Y todos los amigos se echaron á reír aplaudiendo la originalidad de esta idea.

Cuando estalló la revolución de febrero, pudo creerse entonces que todo se hallaba comprometido por lo menos; no fué así sin embargo. La república comprendió la importancia de la industria caballar y facilitó cuanto pudo su desarrollo; verificáronse las carreras, á pesar de las emociones revolucionarias; solamente que no se corrió en el Campo de Marte aquel año. El impulso dado á las carreras era tal, que no podía ser detenido ya, y el número de caballos que corrían era tan considerable, que fué indispensable hacer un reglamento para el terreno de Chantilly. Este reglamento, preparado con esmero, fué adoptado por el comité en su sesión del 16 de noviembre de 1852, y modificado mas adelante en la del 12 de mayo de 1855. En 1858 fué instituido el salón de las Carreras, cuyo destino era reunir dos veces por semana á todas las personas que se ocupan de caballos, y proporcionar á los criadores los medios de apostar por sus caballos. Pero esta institución, por importante que fuese, no recibió sin embargo de todos los miembros del club el apoyo que debía asegurar su existencia, y en 1859 el salón de las Carreras fué suprimido (1).

El comité tomó también disposiciones concernientes á los jockeys y los mozos de caballería, disposiciones cuerdas, paternales y protectoras de su moralidad y de sus intereses; dió también un reglamento para los galopes y los ensayos sobre los terrenos de Chantilly.

En la primavera de 1854 el conde de Morny hizo á la Sociedad de fomento las primeras proposiciones para abandonar el Campo de Marte y

transferir las carreras al bosque de Boulogne; estas proposiciones fueron aceptadas con entusiasmo. Abandonar el terreno lodoso del Campo de Marte por una magnífica alfombra de césped á las puertas de París, era el ensueño de la Sociedad; así que echó inmediatamente manos á la obra. Se visitó el terreno, calculáronse los gastos y los riesgos que se corrían, era un buen negocio, pero no escudaba él á las fuerzas de la Sociedad. Había algunas dudas sin embargo acerca del éxito de la empresa, cuando un feliz acaso vino á calmar las inquietudes y resolver las dificultades. El círculo de la rue Royale, compuesto de lo mas selecto de la juventud francesa, se reunió al Jockey-Club y formó de este modo, con él, la sociedad mas numerosa, mas rica y mas influyente que ha existido jamás en París. Desde entonces, ya no hubo mas temores; se podía marchar adelante. El año de 1855 fué empleado todo él en dar pasos, en negociaciones, en preparativos rentísticos; todo se organizó y quedó arreglado en el transcurso de 1856. Firmáronse dos tratados: uno con la ciudad de París, el otro con el ministro de la agricultura y del comercio. El emperador dió un decreto.

No entraremos en pormenores acerca de los tratados; harémos solamente una reseña de ellos. Por el primero, la ciudad de París concede á la Sociedad por cincuenta años el terreno de las carreras del bosque de Boulogne, mediante un censo anual de 12,000 francos, la conservación en buen estado del terreno y la obligación de gastar 500,000 francos para construir las tribunas. No obstante, el censo no será mas que 1,000 fr. durante veinte años, tiempo necesario para la completa amortización del capital empleado. Por el segundo, el ministro del comercio cede á la Sociedad las carreras llamadas de otoño, bajo la condición de que aquella le someta los programas, le dé una cuenta anual, y finalmente de que se comprometa á emplear en premios de carreras el excedente de los ingresos sobre los gastos. El decreto de S. M. el emperador ratifica estos dos tratados.

Al comprometerse la Sociedad á dar en premios de carreras el excedente de sus ingresos sobre sus gastos, no ha creado una situación nueva; ella da y ha dado siempre todo lo que recibe; no hay especulación ni beneficios posibles; todas las probabilidades favorables se hallan en provecho de los criadores y de la industria caballar: tal ha sido siempre el principio fundamental de la Sociedad, y esto es lo que constituye su fuerza.

Así que, cuando emprendió S. M. el emperador esas inmensas é increíbles obras del bosque de Boulogne que causan tanta admiración á todo el mundo, y cuando concibió la idea de crear allí un campo de carreras, hizo llamar al comité de la Sociedad de fomento; tuvo la bondad de visitar el terreno con los miembros del comité, de recorrerlo á pié, interrogándoles acerca de las disposiciones que se debían tomar en lo que era de su resorte, y una vez fijada su opinión, dió orden para que empezasen las obras; estas fueron ejecutadas bajo la dirección de los señores Alphand, con una perfección y celeridad que rayan en prodigio.

Cuando visitamos por primera vez el terreno de las carreras y, colocados en el centro de las tribunas, vimos este inmenso prado que se pierde en la distancia hacia el bosque de Boulogne; á la izquierda, el pintoresco molino de la Galette, la casa del guarda, construida con tanta coquetería; en el fondo, la magnífica cascada, lugar de reunión de los paseantes; á la derecha, la espléndida quinta del barón de Rothschild; atrás, los numerosos chalets colocados entre las tribunas y el Sena; al otro lado del río, el monte Valerio, y en torno, los primorosos collados de Meudon,

(1) Tenemos razones para creer que no tardará en reaparecer fuera del recinto del Jockey-Club, y bajo la forma de una especulación privada.



Bellevue y Saint-Cloud; no podíamos apartar nuestras miradas de este delicioso espectáculo. Hemos recorrido todos los terrenos de carreras que existen en Francia y en Inglaterra, y podemos decir, con la seguridad de no ser desmentidos, que nada hay que pueda ser comparado al terreno del bosque de Boulogne.

(Se continuará.)

EUGENIO CHAPUS.

(J. R.)

#### LOS MEETINGS DE LADRONES EN INGLATERRA.

El aprendiz del cortijo es un recluta muy peligroso para el crimen y la holgazanería. En varios condados (los del norte por ejemplo), cuando un lugareño es socorrido por la asistencia pública (gran número de ellos lo son), la ley permite que se le tomen sus hijos de mas de nueve años de edad y que se los ponga de aprendices en los cortijos.

La condicion de los niños en los cortijos es la mas miserable que se pueda imaginar. El aldeano inglés es duro y codicioso. El niño, mal alimentado, mal vestido y golpeado con frecuencia, pertenece enteramente á su amo. Este último tiene derecho de prohibirle aun de que comunique con su familia, la cual, segun la ley, debe hallarse en un radio de cuarenta millas. Usa aquel de este derecho frecuentemente; pues teme que el niño se queje con justicia del régimen al cual le somete la avaricia del patron. El trato que se da al aprendiz tiende á convertirle en un verdadero bruto, consagrado enteramente á la labor y á la obediencia. Un dia este bruto rompe sus cadenas, huye y se oculta en la gran ciudad y no aparece ante la ley sino en el banco de los acusados y de los criminales.

Finalmente, el último y el mas siniestro batallón de estos ladrones de tierna edad, es el de los huérfanos. Los huérfanos son numerosos en Inglaterra. La mortalidad forma allí estadísticas espantosas en las clases pobres. El padre muere por exceso de trabajo ó de embriaguez; la madre por las privaciones ó la tisis. Los hospitales se hallan repletos y las estadísticas aventajan en una tercera parte á las de Francia. Y qué fecundidad! No es raro ver diez y aun quince hijos bajo un mismo techo. Yo he contado hasta veintidos. El clima, las labores y miserias estenuan rápidamente á estos artesanos, quienes luchan con desesperacion para que ninguna de las cunas carezca de su taza de leche por la tarde y de su cobertor de lana por la noche. Consumido de cansancio, una mañana el padre no se levanta ya. La madre le ha precedido casi siempre, muerta en su alumbramiento. Cuantos niños quedan, otros tantos huérfanos á cargo de la parroquia.

Referirémos tambien la historia de las mujeres engañadas, de las jóvenes de pálido rostro que huyen del hogar paterno para ocultar su vergüenza, y á quienes ve entrar Lóndres todos los dias del campo en sus murallas sin abrigo; triste y uniforme novela de una niña seducida, á quien recoge el inspector de policía una noche en el empedrado de la calle, pronta á dar á luz un hijo en los tormentos del frío y del hambre, y la hace conducir al depósito de la parroquia? Y al dia siguiente hay una madre menos y un abandonado mas en el mundo.

Conducirémos finalmente al lector, como último rasgo de la historia de la horfandad, á una de las calles de Lóndres á la hora en que cae la noche, y le mostraremos con el dedo esa inmensa ronda, rebaño que la policía no puede ni contar, ni marcar, pues tan numeroso es, tan confundidas se hallan en él las edades, rebaño que camina mal

vestido, con la cabeza baja y triste, al encuentro de las jóvenes estraviadas de las otras naciones que se visten de seda y revelan el descaro? Pues esas desdichadas llevan escrita en la frente con caracteres de fuego la palabra *Hambre*, y no hay una que, antes de llegar á tal punto, no haya abandonado un inocente á la caridad pública.

Hé aquí cómo hay tantos niños que no tienen padre ni madre y llegan al depósito de la mendicidad.

Hábleseles de estos asilos en los cuales han sido criados, y responderán con risa, ironía ó insultos. Uno remeda el aspecto importante y ridiculo de los *oficiales parroquiales* que los dirijen. Otro se frota el dorso al recordar los palos que le han sido distribuidos mas generosamente que los puches. Despues, sobre todo, á propósito de la suprema cuestion de la vida animal, del dilema del miserable: *comer!* redoblan las quejas y tienen el sello del grito del hambre en el fondo de las entrañas humanas. Los relatos homéricos de la papilla aguada, el té mas claro que el agua, distribuido con tanta parsimonia, componen el fondo del repertorio. Pero no olvidémos tampoco á las amas á cuyas casas los niños son enviados ó *dados en arrendamiento*, como se dice, mediante setenta y dos ó setenta y seis céntimos por cabeza.

La rábia con la cual esquila el ama á sus ovejas, su sórdida economía, que logra beneficiar sobre una cantidad tan miserable, los mil detalles de estos falansterios del hambre, todos esos horrores toman al pasar por la imaginacion de los niños un carácter de burla sangrienta.

Allí termina el drama de los mas pequeños; pero el de los mas grandes tiene aun un epílogo.

Un dia, cuando habian llegado á los siete u ocho años de edad, se colocó un cartel en la puerta del depósito, anunciando que se darian tantas libras esterlinas al mercader que quisiese tomar como aprendiz á tal huérfano quese hallaba en edad de trabajar.

El mercader habia venido y arreglado el precio del *artículo* con los señores administradores parroquiales. Habian ido á casa de los magistrados, quienes sancionaron el acta de aprendizaje, sin que ninguna sumaria pudiese esclarecerlos sobre hechos todavía futuros. Entonces comenzaron para los huérfanos todos los dolores de la explotacion por los patrones sin responsabilidad.

De vez en cuando, los tribunales franceses son sorprendidos tambien por procesos que revelan los abusos cometidos de este modo con los niños. No obstante, muchos culpables se escapan á la ley, tan vigilante, en Francia, tan indagadora y tan poderosa.

Se necesitaria la voz de un Wilberforce para dar á conocer los tormentos y los dolores que han hecho resonar al meeting con tres salvas de aplausos, exclamando: «Hé aquí porqué y cómo hemos huido y nos hemos hecho ladrones.»

Ladrones! La asamblea de menos de veinte años se hallaba compuesta en mayoría de ladrones! Tres salvas de aplausos!

No basta sin embargo ser ladrón; es menester ser jubilado y contar sus galones de oro. A pesar de la corta edad, habia veteranos en el meeting: cinco de ellos habian sufrido ya diez y ocho condenas; seis habian sufrido veinticuatro; uno habia estado preso veinticinco veces; uno, veintiseis; otro, finalmente, veintinueve veces.

Al oír este guarismo, bravos y aplausos frenéticos estallaron por todos lados. La asamblea se levantó como en presencia de un personaje importante. Varios salieron de sus asientos y fueron á apretar la mano á este ilustre presidente.

Un minuto despues, sin embargo, como se les

preguntase si renunciarían á aquel género de vida, respondieron en masa que lo harían con gusto, pero que era imposible.

— No nos quedaria ya mas que morirnos de hambre, dijo uno de los oradores. No creais que ninguno de nosotros ha comenzado por robar: todos los que tienen ya cierta edad, han trabajado en un principio; pero nuestros oficios no bastaban á hacernos vivir: los mas dichosos ganaban 4 chelines por semana, y no se puede endulzar siquiera el té con esto.

Agréguese que con frecuencia falta el trabajo en seis meses por año. Preciso es comer: se tiene que robar.

— Lo que nos pierde, dijo otro, son las *lodging-houses*; en donde, despues de haber ganado un escaso jornal, tiene uno que ir á buscar asilo. Oyese leer allí en voz alta la vida de Jack Sheppard, de Dick Turpin, de Claudio Duval, el calendario de Newgate y otras biografías de los ladrones ilustres. Tal es la lectura de la noche que reemplaza la de la Biblia, que se hace por lo comun en las familias.

Despues, los camaradas le conducen á uno á casa de la señora Tuyaud, la sobrina de Curtius, residente en Baker-Street. Allí se ven, en figuras de cera, los retratos de los bandidos célebres, en un aposento llamado de los horrores. Esta especie de inmortalidad del crimen escita la imaginacion. Finalmente, va uno á ver las ejecuciones, y se acostumbra á esto como en un campo de batalla. Hay algunos que roban aun debajo del patíbulo.

En este momento, una escena inesperada interrumpió el meeting. A pesar de su perfecto disfráz, su ejercitado olfato habia descubierto á un agente de policía oculto entre ellos. Exijieron su espulsion, no siendo público el meeting y no perteneciendo al policeman la calidad requerida de vagabundo. Retiróse este último sin insistir y pidiendo mil excusas....

Condújosele cortésmente hasta la puerta....

La discusion continuó.

— Lo que acaba de perdernos, añadió otro, son los dueños de las *lodging-houses*. Casi todos ellos son encubridores. Al ver á un obrero en la miseria, le hacen algunos adelantos de dinero: despues, cuando no puede pagar, le amenazan, le turban y acaban por afiliarle á una banda que no tarda en educarle. Los alquiladores del East-End no tienen mas oficio que empeñar los productos de los robos, mediante dos peniques de comision y el abandono del reconocimiento del objeto empeñado.

— Hay tambien los encubridores judíos, dijo uno de los mas jóvenes, que buscan y recojen por do quier á los niños en la mas profunda miseria, y les enseñan como á una recova de perros el oficio de *pick-pockets* (ladrones rateros).

El meeting terminó con una esperiencia: uno de los miembros de la informacion llamó á uno de los mas pillos de la banda, un niño que habia estado veintiseis veces en la cárcel. Entrególe un soberano (5 duros) y le dijo que fuera á buscar cambio, anunciándole que si no lo devolvía, no seria perseguido.

Un largo hurrah acompañó su partida, y se continuó dialogando como si su vuelta hubiera sido una cosa cierta. Pero, como se prolongase su ausencia, poco á poco guardó silencio la asamblea; invadióla una profunda ansiedad. Los minutos se sucedian, sin que aquel apareciese. Se cuchicheó primero, despues comenzó á propagarse un murmullo mas intenso.

— Nos deshonorra, decian algunas voces.

— Si no vuelve, le clavaré mi puñal en el vientre! exclamó un muchacho.

Un segundo hurrah, mas vivo que el primero, se levantó de repente. La puerta acababa de





Un Lodging-House en Londres



Dervises de Tûnez.

Ayuntamiento de Madrid





**Banco de pasco.**

Cuando pertenecía á los búsaes me decían mi capitán... ahora que pertenezco á la cofradía de San Marcos, mi mujer me llama *un bendito*.

**Banco de césped.**

Cuarto creciente de la luna de miel.



**Banco de la policía correccional.**

— En fin, su mujer iba todos los días á buscarle á usted á la taberna!  
— Es verdad, señor juez... pero era para ayudarme á trasegar el jugo de la cepa.



**Banco de la Ópera.**

— Me buscas?  
— Señora, me toma usted por una tramera?



abrirse: el niño se adelantó hasta la mesa y presentó íntegramente el cambio de la moneda que se le había confiado.

Cerróse la sesión. Todos firmaron el proceso-verbal y se retiraron tranquilos sin ser molestados, como habían venido, lo mismo que los ciudadanos que acaban de cumplir un deber.

Preciso es no engañarnos, acababan de cumplir con un deber. De esta confrontación profunda de la infancia con el crimen, había salido una grande lección para la especie humana. La criatura de seis años apenas que acababa de confesar que la holgazanería era su única vida, el robo su único recurso, ha revelado con su sola presencia el origen de tantos deslices. Era un huérfano. Este niño parece como una respuesta viva á los insensatos de nueva especie que niegan el gran principio de la sociedad: *la familia*. Estos abandonados de nacimiento han seguido á los guías siempre en acecho en medio de los hombres, y estos guías ha sido los ladrones, los encubridores, toda la jente que se halla en guerra con la sociedad. Y no obstante, á pesar de esta educación de galeras, á pesar del hábito de la pereza y del vicio, cuando se les presentó la perspectiva de una vida honrada, estos niños palmorearon sus pequeñas manos, derramaron lágrimas y se enternecieron á la esperanza de volver hacia la virtud, que ellos no habían conocido nunca, pero que el instinto les hacía soñar, ilusión de su mas profundo interior y no recuerdo de su infancia. Lloraron; el alma humana se hallaba rehabilitada con estas lágrimas.

La Inglaterra ha oído estos gritos de socorro. Tomemos otra vez á nuestro lector por la mano y conduzcámosle en una noche de invierno á una gran sala en la cual se estrechan centenares de niños. Son las *Ragged schools*, las escuelas de los harapos. Los insulares han puesto su fé en la enseñanza religiosa y en la instrucción primaria, y tienen razón. Los hombres que instruyen á estos niños miserables, son voluntarios de la instrucción pública, hombres de todas condiciones: lores, magistrados, ministros, médicos y abogados; son mujeres de alta alcurnia, jóvenes que han salido de los palacios de Grovenor-Square ó de Saint-James-Terrace: como las compañeras de miss Nihthingale en Crimea, cuidan á los heridos y á los moribundos, ellas también, hermanas laicas de la caridad, socorren á las almas extraviadas y á los que se hallan en las tinieblas: enseñan el Evangelio á estos corazones rebeldes, y suavizan esas pequeñas manos ásperas, acostumbradas á la violencia y al latrocinio, enseñan á correr la pluma en el cuaderno de escritura ó á unirse para la oración.

No cabe duda en que es un bello y tierno espectáculo el de un pueblo que emprende su propia curación y se convierte en su propio médico. Pues en las enfermedades de los pueblos, las generaciones venideras son las que pueden ser salvadas. En verdad, hay en tales fundaciones un esfuerzo de valentía y una confianza en sí mismo, que es el tipo propio de los Anglo-Sajones.

Crean en la Inglaterra como los Romanos creían en la ciudad eterna; ruda lección dada al escepticismo espiritual y paradójal de la Francia. Pero, á pesar de esto, y ante todo, son comerciantes. En vano vuelven los ojos hacia este Capitolio ideal, el Isis de Cartago y el tronante Júpiter de Roma, es el que se halla sentado allí; Cartago con sus flotas, sus depósitos y sus mercenarios también. La caridad humana se halla en sus corazones, la patria en todos sus pensamientos, pero el comercio y la industria es el doble rey.

Y en nombre del comercio y de la industria, por la gracia del acta de navegación soberanos del reino-unido; por la de la colonización y de la guerra, mediadores del Canadá, dictadores de

las Indias, esplotadores de la Australia; en nombre de estos altos y poderosos señores, primos hermanos del mar y reyes de las islas, hay tantos brazos sin salario, tantas bocas sin pan y tantos niños que caminan descalzos en los empedrados de las ciudades inglesas.

AYLIC LANGLE.

(J. R.)

#### LOS DERVISES.

Entre los extraños tipos que se encuentran en los países habitados por los musulmanes, hay uno ante el cual el célebre Callot habría sentido flaquear su predilección por los jitanos y los mendigos. Cuando se han visto y estudiado los diseños en que el gran artista reprodujo esas inexcusables fisonomías de vagabundos y de pordioseros, esos hombres que sonríen con indiferente fisgonería bajo sus repugnantes harapos, teniendo á la miseria por único patrimonio, esos viejos de facciones angulosas, de barba y cabellos erizados, sucios, andrajosos, rascándose frenéticamente con sus crispados dedos, echados en las orillas de los caminos públicos, ó bien en pié, apoyados en su palo, tendiendo con resignación el informe sombrero á los transeúntes; cuando se han visto y admirado — repetimos — los magníficos grabados de ese Garvani del siglo XVII, no concibe uno que puedan existir en la naturaleza humana modelos mas originales, mas pintorescamente feos y asquerosos. Pero el dervis aventaja en mucho á esos modelos, y realiza el bello ideal de lo repugnante.

El dervis es un gitano, un mendigo de una especie particular. Pobre, sucio y desarrapado, es cínico por vocación, por inspiración de Alá y de su Profeta, y no por derecho hereditario ni por el atractivo de la pereza, como los vulgares vagabundos. Los dervises no tienen descendencia; podrán algunas veces, como en las Indias, formar una casta y un pueblo, pero jamás una familia: el dervis es célibe como un apóstol, é independiente como el águila que surca el espacio infinito. Para cumplir su misión de edificar á los fieles, debe desembarazarse de todo lazo terrestre, y, á la manera de Diógenes, no poseer mas que su bastón, su manto, y sus alforjas.

Nuestro grabado reproduce algunos de estos curiosos tipos.

Entremos, si place al lector, en una ciudad musulmana, en Túnez, por ejemplo.

No tardará en venir hacia nosotros un viejo de colosal barriga, con los carrillos relucientes de puro gordos, vestido con una simple blusa de lana blanca y con la cabeza y los pies desnudos. Cuélgale del pecho una especie de enorme rosario de madera negra, y lleva en la mano otro mucho mas pequeño, cuyas cuentas repasa mientras murmura entre dientes sus oraciones con la volubilidad propia de todo buen musulmán. Al reparar en su espaciosa y jovial fisonomía, en el aspecto esférico de su persona, en su marcha pesada y firme como la de un elefante, en las agudezas que parece repartir á la muchedumbre que le rodea mirándole con profunda beatitud, cualquiera le tomaría por un gargantúa, naturalote, alegre y murmurador, mas bien que por un austero y ascético personaje. Tan luego como nos descubra, se acercará á nosotros, y con una voz semejante al bramido de un becerro, nos dirá: *Aati mta Allah!* (Dad á Dios lo que es de Dios.) Y como al depositar en su mano una moneda, si quiera sea una pieza de oro, no habrémos hecho, en su concepto, sino una restitución á Dios por conducto de su intermediario, podemos estar seguros de que el extraño recaudador de Allah nos volverá la espalda bruscamente, despues de em-

bolsarse la mosca, sin proferir ni la mas mínima palabra de agradecimiento.

Formando contraste con este original santón, cuya elástica conciencia no le impide solicitar el dinero de un cristiano, tenemos ese otro que personifica el fanatismo y la intolerancia. Su boca lanza mil pestes contra todo el que no pertenece al escogido rebaño de Mahoma, y dirige á los Rumis (cristianos) virulentas alocuciones, cuyo estilo antiparlamentario, aunque muy ortodoxo, hace reventar de contento á los mas graves turbantes del auditorio. Este viejo y avinagrado personaje hállase casi siempre acurrucado sobre el pavimento de las plazas públicas, teniendo junto á sí una lanza puntiaguda hincada en el suelo, de la cual se sirve para apoyarse en su pausada y vacilante marcha. Una *schechia* desgarrada, un albornoz acribillado de agujeros, una larga túnica de color rojo oscuro, que parece haber sido arrancada de entre los dientes de una jauría, segun está de jirones, tal es su traje invariable. Estas prendas son estudiadas minuciosamente por la multitud de curiosos turistas, y besadas con religioso respeto por los fieles sectarios del Profeta. Nuestro dervis, el dervis dé que nos vamos ocupando, no hace sus abluciones sino... mentalmente; en sus manos y en su cara podrían nacer coles y otras legumbres sin necesidad de mucho cultivo. Sin embargo, los buenos creyentes se batirían en torno suyo con mayor decisión que los griegos por las armas de Aquiles. Habla á sus correligionarios con gravedad y dulzura, eleva de cuando en cuando los ojos al cielo, como para pedirle inspiración, proclama á voz en grito la ignominiosa inferioridad de los *Koffar* (infieles), para los cuales no encuentra palabras bastante duras en el diccionario de su cólera, y cree hacer mucho honor á los cónsules, llamándolos *Kleb mdehebjn*, esto es, *perros dorados*.

Pero estos dos tipos no valen nada en comparación del que sigue. Figúrense ustedes un negro chiquitín y encanijado, como de unos sesenta años de edad, con un turbante sobre el cual lleva el velo verde de los scherifs (descendientes del Profeta por Aycha). Una especie de blusa, de la que se avergonzarían las colchas del siglo XVI por la multiplicidad de remiendos de colores, cubre toda su persona hasta la mitad de un pantalón ahuecado y sujeto á la rodilla, cuyos numerosos pliegues hacen resaltar un par de piernas tan maravillosamente exiguas que darían envidia á las de una cigüeña. Dos largas medias que fueron blancas alguna vez, pero que ahora tienen un color indefinible, se estiran sobre el sitio que deberían ocupar las pantorrillas. Los tarsos, metatarsos y demás dependencias *pedestres* del venerable, desaparecen (*mirabile dictu*) en unos anchos zapatos europeos. Un talabarte de cuero terciado de izquierda á derecha, sujeta sobre su hombro izquierdo una inmensa pica verde, á cuyo extremo superior se adapta una grosera y roñosa bayoneta. Ceñido á la cintura por medio de una gruesa cadena de hierro, lleva un espadon con vaina de metal blanco, de cuyas guardas españolas sale, á guisa de mosqueador, un negro y viejo penacho de plumas. Su mano se apoya en un sólido bastón con honores de estaca, al cual sirve de puño una especie de maciza podadera. Cuando este santo Don Quijote mueve la planta, grave, majestuosa y refrenadamente, hace producir á sus armas un ruido, de hierro viejo que atrae á los creyentes en torno suyo.

Entonces levanta su valerosa diestra de ébano, — que se estremece sobre la susodicha podadera destinada á segar la cerviz de los *perros* en el día de la venganza, segun profetiza todo buen dervis, — y la presenta á los respetuosos labios de la muchedumbre. Confieso francamente (y no se lo digan ustedes á nadie) que el día en que me en-



contré con este paladin — santón, — cuya mirada se fijó en mí, examinándome de arriba abajo con marcadas muestras de insolente disgusto, se me pasaron unas soberbias ganas de desarmarle y sacudirle con mi fusta un soberano vapuleo del cual le quedase memoria.

Si hubiera de trazar todas las modificaciones del tipo dervis, necesitaría un volumen in-folio.

El dervis es respetado y venerado del pueblo. Y digo del pueblo, porque ¡ay! algunos musulmanes pertenecientes á la aristocracia, pervertidos por el continuo roce con esos perros cristianos, tienen la impiedad de mofarse de él! Estos hijos del diablo son regularmente del número de los que no han tenido vergüenza de imitar á los degenerados Osmanlis, abdicando el antiguo traje de sus abuelos para encerrarse en las estrecheces de un raquítico vestido.

El dervis goza de una multitud de privilegios, entre los cuales figura el de llevar los cabellos largos, costumbre contraria al uso de los verdaderos fieles, quienes sólo conservan debajo del turbante, y en el centro de su rapada cabeza, una cola semejante á lo que gastan los chinos. Según la tradición, por esta cola será por donde los agarrará el Profeta para atraerlos hacia sí en el día del juicio. Desde luego se concibe que en su calidad de hombre de Dios, el dervis deberá ser en aquel día supremo uno de los primeritos en sufrir el consabido tiron de greñas.

El dervis es indulgente para con las debilidades del prójimo, — sin duda para que el prójimo lo sea también con las suyas, — y todo se lo permite invocando aquella irrecusable justificación que Mahoma puso en el Corán para disculpa de los pecadillos en que pudieran incurrir los predestinados. «Por qué rehusarse lo que Dios permite? Cuando una cosa se cumple, es porque Dios quiere: Dios es prudente y sabio.»

El dervis muere siempre en olor de santidad... y de otras muchas cosas nada agradables al olfato. Entonces, colocan su cadáver, cubierto con un paño de seda, sobre un ataúd adornado con barandillas y clavos dorados; y antes de partir el cortejo fúnebre, ábrense un palenque religioso en el cual los admiradores del santón conquistan á puntazo seco el derecho de llevar hasta la primera posa el cadáver-reliquia. Estos asaltos de pujilato se repiten en las diferentes etapas del camino, hasta llegar al cementerio; y puede asegurarse que el vigor de las puñadas está siempre en razón directa del mérito del difunto. Cuando los creyentes se distribuyen como reliquia las ropas del muerto dervis, es señal infalible de que no tardarán en canonizarle, ni en construir un oratorio sobre su tumba.

MAC VERNOLL.  
(Trad. F. de la V.)

## PARIS DESCONOCIDO.

### LOS TAPETES VERDES.

(Continuación.)

#### III. — De los sitios en que se juega y de los instigadores al juego.

Conoció á uno de estos filósofos desinteresados cuya rabia no tenía límites en sus momentos de pérdida, y cuya absorción con los naipes en la mano era tan profunda, que llegaba hasta el extremo de ser extraño á cuanto le rodeaba. Con ambos codos apoyados sobre la mesa, inclinado sobre el dinero que tenía delante de sí, y con una mano metida entre la camisa y el pecho, — que á veces desgarraba con las uñas, — parecía un verdadero idiota, y nadie le miraba sin experimentar cierto sentimiento de lástima y disgusto. Una noche, este infeliz que la echaba de tan fuerte, y de tan

dueño de sí mismo, llegó á perder 5,000 francos sobre su palabra, después de haber perdido — sueldo á sueldo por decirlo así — otros cincuenta que traía en una larga bolsa de taflete, que acariciaba entre sus manos como si fuese una reliquia. Cuando se levantó, pálido y bamboleándose como un hombre borracho, se le notaron algunas manchas de sangre en la pechera de la camisa. Pocos días después, tras una noche en que sufrió otro descalabro mas considerable aun, trató de suicidarse, arrojándose de cabeza al Sena desde el puente de Arcole; pero tuvo la buena suerte de que le sacaran sano y salvo á los pocos instantes de su inmersión en las aguas. Entonces se le oyó afirmar que sólo había querido hacer una experiencia, para saber prácticamente las emociones que experimentaba un hombre en el momento de ahogarse. Difícil es llevar mas lejos el cinismo de la mentira.

Hay un tipo de que no hemos hablado, aunque merece figurar en esta galería, el del jugador alegre y confiado que tiene tal vez sus arrebatos cuando está de malas, pero que se serena en cuanto vuelve la espalda al tapete. Este tipo es conocido de todos y no es necesario penetrar en las casas de juego para verle y estudiarle. Diariamente se le encuentra en el boulevard, entre cinco y seis de la tarde, y no revela el aspecto inquieto, vago y un tanto sombrío del jugador de profesión. Es expansivo y confiesa sin rebozo que perdió ayer, pero que espera ganar hoy. Por otra parte, si perdió, sabe muy bien por qué y conociendo su mala vena, debió retirarse. Todo lo explica á su manera, y si no consigue dominar la suerte á su antojo, es porque no tiene la fuerza de voluntad, ni la frescura de cabeza que al efecto se requiere. Oyésele con frecuencia, ya lamentarse de no haber hecho un copo seguro, infalible, de inspiración, ya vanagloriarse de haberse retirado á tiempo y contentarse con una ganancia dada en el momento que iba á quebrar el juego, ya sentir no haberse encontrado en una grande partida que tuvo lugar la víspera, porque de seguro hubiera ganado doscientos lises. Nunca le abandona la fé; ora esté su cartera atestada de billetes de banco, ora no le queden mas que mil francos, siempre abraza la misma confianza. Sólo da oídos á la razón cuando su bolsillo está completamente vacío: entonces midió con su mirada la sima del pasado que devoró tantos montones de oro, y su rostro palidece al encontrarse frente á frente con un guarismo gigante, candente, que le priva de sentido. Aquel día no sale, se encierra en su casa y con los pies sobre los morillos de la chimenea, combina largas horas los medios, no de renuncia al vicio, sino de procurarse mas dinero para jugar todavía. Consíguelo al fin, bien de un préstamo, bien de una especulación feliz, del cobro de honorarios ó del importe de una venta, y reunida la suma pequeña ó grande, la guarda íntegra en su cartera.

El pájaro recobra súbitamente su jovialidad, gorjea en su jaula, abre la puerta, y le vemos otra vez pronto á ofrecer sus plumas al primero que se las quiera arrancar. Á los ojos del que no ve mas que la superficie en aquellos momentos sin conocerle á fondo, parece que se ha enmendado mucho. Tiene concebidos sus proyectos y los publica en las plazas y calles: hasta entonces había jugado asaz liberalmente: la nobleza de sentimientos sólo acarrea al juego sinsabores. En adelante piensa ser menos noble, mas cauto, administrar mejor los lises al confiarlos á la suerte. Todas sus liberalidades fueron recompensadas con un duro egoísmo que ya le tiene hartos. Su divisa es de hoy mas: en el juego, diente por diente y ojo por ojo. Si la suerte no se declara, sabrá contentarse con una módica ganancia: si se niega, limitará su pérdida á una suma fija,

irrevocable, y por último, sólo una buena racha le decidirá á arriesgar una grande puesta. Mas, ay! estas resoluciones tienen ya una centésima edición y nunca está mas espuesto á cometer las mayores locuras, sino cuando aparece rodeado de esta aureola de prudencia. Estos relámpagos de la razón presagian el fúnebre tañido de la próxima muerte del alma enterrada en la sepultura del licenciado *Pedro García*, es decir, la desaparición de todo su oro. Véasele dos horas después en el círculo: por poco enemiga que se le presente la fortuna, mañana nos dirá cuánto ha perdido.

EDUARDO GOURDON.

Trad. A. L. de B.

## EL CARDENAL ANTONELLI.

ministro secretario de Estado de la Santa Sede apostólica.

La villa de Sonnino está situada en el país volsco, hoy provincia de Frosinone (Estados Romanos). Dista doce millas de Terracina en las montañas y separa por su posición los Estados pontificios de los del rey de Nápoles. Su aspecto es agreste, su nombre temido, es célebre por las historias, desgraciadamente harto verídicas, de los bandidos que asolaron largo tiempo esta comarca.

Este humilde pueblo sirvió de cuna al cardenal Antonelli. Estraña á las tristes fechorías con que se hizo célebre á su infortunada patria, esta familia se apresuró á desertar de sus hogares en cuanto le fué posible establecerse en Terracina, merced al corto peculio que reunió Dominico Antonelli, fruto de sus empresas de trabajos públicos.

Dominico tuvo cinco hijos; cuatro de ellos, y en especial Gregorio, el mayor, se dedicaron á la administración de los negocios y bienes patrimoniales. El tercero, Jacomo, el cardenal ministro de hoy, fué destinado al sacerdocio: era el Aramis de la casa.

Gregorio XVI en su edad proveya, había cobrado mucha afición á Terracina: venía á fijarse allí con frecuencia y durante su estancia se hicieron poco á poco familiares suyos los Antonelli, quienes lograron granjearse las simpatías de las Eminencias que acompañaban á Su Santidad. Un día, don Gregorio dió prueba de gran desprendimiento. La villa, predilecta y distinguida del Papa, quiso tributar á éste un homenaje de gratitud, pero los representantes del pueblo no acababan de entenderse sobre el género de homenajes que deseaban ofrecer. Don Gregorio los puso de acuerdo, anunciándoles que debían regalar á nombre de la villa de Terracina al S. P. Gregorio XVI la soberbia estatua de Sófocles que hoy se admira en el museo de San Juan de Latrán, verdadero tesoro de la estatuaría antigua. Acordóse así, y fué aceptado el obsequio. En tanto, el nombre de Antonelli iba adquiriendo favor en la corte del Vaticano.

El Joven Jacomo, continuando sus estudios en el *collegio romano*, se distinguía por su compostura, por su regularidad, por su inteligencia, y sobre todo, por el dominio que ejercía sobre sí propio. A la edad en que los estatutos pontificales hacen asequible la prelacia, fué llamado á presidir en clase de asesor (tenía veintidos años) una sala del tribunal del crimen en la provincia de Roma. Puede comprenderse la habilidad y el celo que desplegara en su cargo el joven asesor por la rapidez con que ascendió á mas encumbrados puestos. Los de *delegato* (especie de gobernador) de la provincia de Orvieto, de Viterbo y de Macerata, fueron otros tantos escalones por los cuales llegó á las funciones mas elevadas de los Estados de la Iglesia.

La administración romana contaba á la sazón



dos secretarios de Estado: era el uno de negocios extranjeros, el cardenal Lambruchini, y el otro, del interior, el cardenal Mattei. El sustituto ó secretario general de este segundo negociado era monsignor Roberti, hoy revestido del capelo, quien, nombrado auditor de la cámara, dejó su puesto al *delegato* de Macerata, el cual, en circunstancias que no podemos apuntar aquí, habia desplegado señaladas pruebas de energía. Este *delegato* era monsignor Antonelli. Instalado en el Vaticano, sus relaciones con Gregorio XVI fueron frecuentes y personales, como que tenia que presentar á cada paso documentos y breves al despacho de Su Santidad. El anciano Papa se complacia á la vista del despierto y vivaracho monsignor Antonelli: dábale pié á que hablase, y estudiaba con gusto su inteligencia y sus modales. Los que conocen al cardenal Antonelli comprenden al punto la pasmosa rapidez con que debió adelantar en su carrera. Tan extraordinaria inteligencia debia reclamar el alto favor, y éste contribuyó no poco á la promoción del prelado, á quien se nombró tesorero general, en reemplazo del cardenal Tosti.

Falleció por esta época Gregorio XVI, sustituyéndole en la tiara Pío IX. En la primera promoción que Su Santidad hizo al cardenalato, conoció Antonelli que el sucesor de Gregorio XVI le mantenía en su gracia, aumentando el crédito del favorito. Cuando el mismo Pío IX le preconizó, hizo el mayor elogio de la inteligencia y de las disposiciones del nuevo cardenal.

Vinieron los acontecimientos de 1848 á oscurecer tan brillantes horizontes; pero esta sombra no fué sino una nube pasajera. La marcha rápida de las cosas daba márgen á frecuentes modificaciones en la alta administración romana: el cardenal Antonelli no hizo mas que figurar un instante al frente de un gabinete de jóvenes seglares para desaparecer en seguida. Sin embargo, no por eso perdió su influencia en el Vaticano. Conservábase su afecto el Papa, anhelando la ocasión de poderle confiar un cargo en que la etiqueta le permitiese ostensiblemente tenerle á su lado. Favorecióle la suerte, facilitando esta coyuntura, porque habiendo Monseñor Pallavicini presentado su dimisión de mayordomo, le fué conferido este cargo con el título de gobernador de los palacios apostólicos: de aquí las continuas relaciones, *indispensables*, entre el Soberano Pontífice y el mas fiel de sus apóstoles.

A esta fase de la vida del cardenal corresponde la época mas tempestuosa de la revolución romana. Quién no recuerda la impresión producida en Europa por la noticia de: el Papa está en Gaeta! — Antonelli fué el compañero de su infortunio: allí fué el ministro activo y fiel, el consejero íntimo y honrado, el negociador constante y leal, no cerca de Pío IX, *sucesor de San Pedro*, sino de Pío IX *soberano temporal*: llevaba entonces el título de pro-secretario de Estado del Pontífice. Su hábil conducta le granjeó una pronta reputación entre los diplomáticos extranjeros que estaban continuamente en relaciones con él para el arreglo de los asuntos de Roma.



El cardenal Antonelli.

Llegó por fin el día feliz en que Pío IX volvió á poner el pié en las desiertas gradas del Vaticano: de Gaeta pasó á Roma: Antonelli estaba á su lado. Era en 1852, y desde entonces el cardenal, llamado nuevamente á la secretaría de Estado, vió aumentarse, de día en día, su poder.

El retrato que le representa, debido al eminente artista Lehman, establecido en Roma, es de una semejanza perfecta, y podemos garantizarlo á nuestros lectores por haber tenido ocasión de ver y estudiar la fisonomía del cardenal-ministro. Pocas veces hemos visto una cabeza mas acentuada: sus ojos son móviles, llenos de vida y expresión, aunque en circunstancias dadas presentan tal tranquilidad, que parece que escucha con ellos. Su cuerpo es esbelto, y como joven todavía, lleva la púrpura con elegancia: cuando en la Capilla Sixtina ocupa su asiento, en el segundo sillón al par de los cardenales diáconos, es grande el contraste que forma su persona con las de los otros príncipes de la iglesia mas ó menos encanecidos y agobiados por la senectud. En sus audiencias casi cotidianas, su conversacion es precisa y clara: prosigue su idea y revela con su aspecto hasta qué punto comprende las cuestiones que se ventilan.

Su Eminencia tiene de comun con el cardenal Maza el no tener que celebrar misa por no ser mas que diácono, ni haber pasado de las órdenes menores.

ARMAND BASCHET.  
(Trad. A. L. de B.)

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,

en

MADRID,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

DEPOSITO

en

PARIS,

calle de S. André des Arts, núm. 47.

La traducción del *Mundo ilustrado* se hace bajo la dirección del conocido escritor D. J. Segundo Flórez.

## IMPORTANTE

Este número es extraordinario, según prometimos á nuestros suscritores, y el primero de los cinco que, por vía de suplemento, verán la luz hasta fines de diciembre para completar los cincuenta y dos que en total corresponden al año de 1860, subsanando así nuestro involuntario retraso al dar principio en febrero á la publicación del *Mundo ilustrado*.

## CORRESPONSALES DE ULTRAMAR.

|                    |                                        |
|--------------------|----------------------------------------|
| ACAPULCO.          | D. A. La Reina.                        |
| AREQUIPA.          | D. Manuel G. de Castresana.            |
| ARICA.             | Sres. Calmann y Riobó.                 |
| BOGOTÁ.            | D. Rafael Mogollón y Guzmán.           |
| BUENOS-AIRES.      | D. Federico Real y Prado.              |
| CAMPECHE.          | D. F. Jimeno.                          |
| CARÁCAS.           | Sres. Rojas, hermanos.                 |
| CARTAGENA.         | D. Joaquín F. Velez.                   |
| COBLA.             | Sres. L. Durandeu y Compañía.          |
| CUBA.              | D. J. Blasini.                         |
| GUATEMALA.         | D. Pablo Blanco.                       |
| GUAYAQUIL.         | D. Luis Abadie.                        |
|                    | D. Ant. La Mota.                       |
| HABANA.            | Sres. Charlain y Fernandez.            |
| HUASCO.            | D. Pedro Vega.                         |
| LA PAZ.            | Sres. Gérard y Comp.                   |
| LA UNION.          | D. J. Mendel.                          |
| LIMA.              | P. Bailly.                             |
| MÉJICO.            | Sres. Maillefert y Comp.               |
| MENDOZA.           | D. F. Civit.                           |
| MONTEVIDEO.        | D. Ventura Garaicoechea.               |
|                    | D. Federico Real y Prado.              |
| PUERTO RICO.       | D. Ignacio Guasp.                      |
| ROSARIO.           | Federico Reissig.                      |
| SAN FRANCISCO.     | M. Biesta.                             |
| SAN MIGUEL.        | D. Ant. Blanco.                        |
| STA. MARTA.        | D. José A. Barros y Comp.              |
|                    | D. Pedro Yuste y Comp.                 |
| SANTIAGO DE CHILE. | Librería Agencia del <i>Mercurio</i> . |
|                    | D. Ramon Morel.                        |
| SANTO DOMINGO.     | D. A. Boalla.                          |
| SERENA.            | D. Tristan Daniel Lopez.               |
| PAITA.             | D. C. Lopez.                           |
| TACNA.             | D. Clemente Bartibas.                  |
| TAMPICO.           | D. A. Gutierrez y Victori.             |
| TRINIDAD.          | D. W. Carr.                            |
| VALDIVIA.          | D. Tomás de Altarracín.                |
| VALPARAISO.        | D. Santos Tórner y Comp.               |
|                    | D. Nicasio Ezquerro.                   |
| VERACRUZ.          | D. Juan Carredano.                     |

Paris. — Imp. de la Librairie-Nouvelle. A. Bourdilliat, 15, rue Broda.